

Contra Mundum
No. 6 Invierno 1993

Iconoclastas **¡No otro Movimiento de Género, por favor!**

Por David Hall

El año pasado una cantidad de comedias de televisión han presentado ligeras parodias del naciente movimiento a favor de los hombres. Cuando Sam, Norm, Cliff y Frazier, del programa *Cheers*, se encaminan en un automóvil para tener un campamento espartano con la esperanza de redescubrir su masculinidad, uno puede estar seguro de que un movimiento está llegando a la mayoría de edad. El exitoso comediante Tim Allen, de *Mejorando la Casa*, representa al ungido profeta cómico de una masculinidad revigorizada, la de un tiempo de antaño y la del futuro. Con la publicación del libro de John Lee, *En la Boda de mi Padre: Reclamando Nuestra Verdadera Masculinidad* (Bantam, New York, 1991), el movimiento de los hombres tiene ahora otra capa de partidarios siguiendo la obra épica de Robert Bly. En cualquier librería o biblioteca, y de repente, uno puede encontrar un nuevo género de libros con títulos tales como los siguientes:

Juan de Hierro, por Robert Bly

El Hombre Liberado, por Warren Ferrell

El Hombre Interior, por Herb Goldberg

Él, por Robert Johnson

El Mito de la Masculinidad, por Joseph Pleck

Encontrando a Nuestros Padres, Encontrándonos a Nosotros Mismos, por Samuel Sherson

Rey, Guerrero, Mago, Amante, por Robert Moore y Douglas Gillette

Cuando estos libros, nacientes revistas especializadas, y ahora que los Centros de Hombres comienzan a fertilizar el paisaje, el astuto lector de la cultura sabe que un movimiento realmente ha nacido. Sin embargo, este movimiento tras toda su pompa y pretensión psicológica, pueden ser en el mejor de los casos una reafirmación reaccionaria de la hombría después de décadas de embestidas feministas militantes, combinada con una gran dosis de introspección de la Nueva Era.

Como una reacción al feminismo, fue casi como si los hombres lanzaran un ‘masculinismo’, gimoteando, “Hey, queremos la misma cantidad de tiempo que los feministas.” Aunque es difícil de imaginarse a hombres llevando pancartas a las calles, preparados para quemar algunos artículos seleccionados de su ropa interior en protesta, y canturreando “Profunda Masculinidad, Juan de Hierro, Nosotros somos los Hombres, Nosotros también tenemos sentimientos”, sin embargo, otro movimiento de género fue incubado en los noventas. Dirigido por los *best-sellers*, *Juan de Hierro*, *Fuego en la Barriga*, y *Él*, los hombres expresaron un deseo de retornar a sus nativos *yo* interiores en guerra. Para mí esa es una posibilidad amenazadoramente barbárica. Los líderes del movimiento neo-masculino nos informan que quieren tener una oportunidad para “vincularse” con otros hombres, y experimentar su propia largamente suprimida masculinidad – lo cual generalmente equivale a un campamento guerrero de fin de semana, seguido por interminables reuniones alrededor de la pantalla grande para ver deportes. Pobres chicos. Nadie sintió lástima por los hombres reprimidos.

De hecho, quiero ser el primero en decirlo, este Movimiento de Hombres – aunque es atractivo en su esfuerzo por anular los *Patios de Molly* y las *Glorias* – está *en cada aspecto tan fuera de base como el movimiento feminista*. No es una mejora; es equivalente a reemplazar el comunismo con el fascismo. Los dos son en realidad dos lados de la misma moneda. Cuando las mujeres o los hombres pierden el llamado de Dios en sus vidas, buscarán cómo reemplazarlo con alguna otra cosa. En este sentido, ambos sexos parecieron perder su identidad en el igualitarismo de los sesentas. Los setentas y los ochentas fueron intentos por reclamar esas identidades, y el feminismo y el masculinismo fueron esfuerzos distorsionados.

Desde el principio la Biblia mostraba el proyecto para la auténtica hombría y la auténtica feminidad. Sería sabio tener cuidado con estos sustitutos, proteger sus familias de los tales, y enseñar los roles bíblicos en nuestras familias. No habiendo visto otros, presentaré una breve crítica del movimiento de los hombres como un crítico del movimiento de las mujeres.

Tome por ejemplo el libro de John Lee, *En la Boda de mi Padre*. Lee, psicólogo y líder de talleres para hombres a través del país, exhorta que debemos vencer los mensajes internos negativos los que nos fueron dados por nuestros padres. Lee ha descubierto lo que ha llamado el “Padre Herido”, la cual es, supuestamente, esa muy profunda y más básica herida compartida por los hombres contemporáneos. Y debe ser sanada. Debido a lo inadecuado de nuestros padres o quizás incluso debido a padres ausentes, todas las resultantes conductas adictivas, relaciones problemáticas, y las profundas luchas interiores de los hombres ahora pueden ser explicadas e incluso sanadas. Si los hombres solo pueden encontrar su auto estima y “re-padrearse” o encontrar su “profunda masculinidad” al terminar con el padre negativo interior, y luego sustituyéndolo por una nueva imagen llena de esperanza de la masculinidad, entonces podemos positivamente ser totalmente hombres. Ah, es bueno haber arreglado eso. Las diferentes cicatrices del padre herido incluyen padres que han sido tiranos, aquellos que han sido dominantes, y otros que nos han herido al esperar demasiado de nosotros y no escuchar nuestra ira. Como resultado de todos estos abusos por parte de una generación anterior, nosotros los hombres estamos en la forma en que estamos hoy. Simultáneamente la mayor parte de los padres también son presentados como criminales.

Lee nos anima a “buscar un socio” (uno de los muchos nombres que han sido convertidos en verbos), una especie de “mentor”, y a derribar las paredes del pasado (generalmente a través de un programa de recuperación tipo doce pasos) y descubrir nuestra espada, nuestro escudo, o sea, nuestra verdadera masculinidad. Lee espera que primero volvamos a sentir nuestra ira (¡cuán correcto psicológicamente hablando!), encontrando de ese modo algo de balance y reposo para el cuerpo físico. Luego, después de una investigación interna de nuestros padres vilipendiados, por último llegamos a un status del nuevo hombre (¿el *öbermensch* de Nietzsche?) en el cual podemos ejercer el arte de “re-padrear”.

Otras obras, de manera similar, anuncian con fanfarrias este brebaje parte culpa a los ancestros, parte sanidad interior, y parte jerigonza psicológica. Otro libro de tal tipo es *Un Caballero en Brillante Armadura: Entendiendo las Ilusiones Románticas de los Hombres*, por Harvey Hornstein. Hornstein, un psicoterapeuta asociado con la Universidad de Columbia, asegura que los hombres tienen relaciones pobres con ellos mismos y con las mujeres debido a que los hombres han sido oprimidos, resultando en un síndrome del hombre-criado. Hornstein cree que esto comienza con la auto-duda, un subproducto de tratar de vivir a la altura de un estándar imposible, que él llama racimo de competencia masculina. Esto lleva a los hombres a perseguir una fantasía, incapaz de alcanzarla, mientras nos embarcamos en una búsqueda sin fin tratando de comprobar a las mujeres que somos dignos y que ellas deberían, a cambio, darnos su generosidad, afirmando de esta forma el hecho de que somos realmente hombres. Claro, Hornstein dice que las mujeres no pueden hacer esto por los hombres, así los hombres son capturados en un ciclo de Sísifo auto-asfixiante, que lleva a la desilusión, produciendo finalmente nuestra propia opresión y depresión. Hornstein sugiere que este racimo de competencia masculina es la contraparte masculina del “Complejo de Cenicienta” de Collet Dowling.

Finalmente Hornstein ofrece varias directrices para nuestra emancipación emocional. El libro de Hornstein es un llamado al hombre a ya no seguir tratando de ser el Príncipe Encantador (yo mismo no he notado mucho de eso) y una exhortación a ya no intentar vivir a la altura de ese papá que nos requiere vivir por altos estándares; ni debíamos buscar ser “superman”. En lugar de ello invoca el antiguo mantra desgastado de que todo lo que realmente necesitamos hacer es aceptarnos a nosotros mismos. Una vez más, la aceptación de nosotros mismos podría estar bien en algunos casos. Muchas veces esto solamente llevaría a una aceptación de nuestro *yo* pecaminoso.

Se puede mencionar un libro final, *Fuego en el Vientre: Sobre el Ser un Hombre*, por Sam Keen (Bantam, New York, 1991). Keen, un editor consultivo de la revista Psicología Hoy, busca averiguar lo que es realmente el hombre. Buscando encontrar aproximaciones distintivas masculinas a la hombría, Keen afirma que en un día cuando la hombría es atacada y no honrada, los hombres desafortunadamente han

estado en esclavitud inconsciente hacia la “mujer”. Solo cuando los hombres comienzan a descubrir sus particularidades masculinas pueden seguir adelante para edificar vidas satisfactorias. Reseña una breve historia de las analogías para la hombría, tales como el hombre *como* cazador, hacendado, guerrero, poder, el hombre hecho por sí mismo, etc., elogiando aún más el derecho a la guerra y a la psiquis guerrera. A lo largo del volumen se hallan discusiones de la perspectiva del hombre del trabajo, su visión del sexo, lo mismo que la búsqueda de su alma y una visión particularmente masculina de las virtudes heroicas. Los “ritos de la hombría” es un viaje en el que Sam Keen nos invita a embarcarnos. Volviéndose rápidamente en un guía estándar para el movimiento de los hombres, Keen cree que si tanto solo redescubrimos o reencendemos ese fuego en el vientre podemos ser uno con otros hombres, libres de la esclavitud debilitante hacia las mujeres, y libres para la guerra creativa.

Sin embargo, en medio de todo esto hay algunos errores y problemas básicos de los que debe estar consciente el Cristiano. El *primer* problema es la tendencia desgastada de culpar a alguien más por nuestro descontento con la vida. O culpamos a nuestro padre, o culpamos a las mujeres a nuestro alrededor (véase el libro de Hornstein antes mencionado) por debilitar aspectos del gran potencial masculino. Este síndrome de echar la culpa no es nuevo para estos psicólogos pop, sino que se manifestó primero en el Huerto.

El *segundo* problema con este movimiento yace en su raíz que parece ser una reafirmación reaccionaria de la hombría de cara a un feminismo invasor y expansivo, similar a un arrollador camión de carga pesada. Por los pasados veinte años, con la insistencia en los derechos absolutos del feminismo, el masculinismo ha estado en retirada. Se necesitaron como veinte años, pero los hombres perceptivos finalmente lo captaron; así que ahora los hombres tienen un movimiento completo propio, con talleres, relatos de historias en fogatas de campamento, un modo de grupo de terapia con forma masculina con la meta aparente de hacer que un maderero barbado de seis pies tres pulgadas lllore mientras redescubre al niño que tiene dentro, todo esto mientras está rodeado de varones iguales que le afirman. Caramba, me siento mejor; pero los movimientos reaccionarios raramente satisfacen.

El *tercer* problema es la dinámica Nueva Era del viaje interior. Lee sugiere “igual que como hay un niño interior, así también hay un viejo hombre interior. Algunos hombres que crecieron odiando la palabra ‘padre’ pueden resistirse a llamar ‘padre’ a este ser que vive dentro de ellos. Así que llámenle como quieran – incluso le pueden llamar Juan” (p. 130). Esta búsqueda del Padre interior es la búsqueda del padre que en verdad vive y que nos acepta, y que nos trata como suyos propios, pero desafortunadamente Lee coloca mal a ese padre interior. La Escritura describe con más precisión a nuestro verdadero Abba. Lee y el moderno movimiento masculinista sustituyen al Abba verdadero y viviente por un Abba idolizado o que es una fantasía.

Llámenme demasiado escéptico. Acúsenme de estar estresado o de ser demasiado racional (Se nos lanzaron estos alegatos previamente por los feministas, así que no hará daño ser ahora acusado de lo mismo por los masculinistas), pero en cuanto a mí, prefiero mejor apegarme pronto a un poco de racionalidad, un poco de sentido de común y no tener una teleología reducida a algún tipo de búsqueda emocional tutorada o a redescubrir al niño o al padre en el interior. Quizás todos estaríamos mejor si no buscáramos encontrar un padre, ni autoridad adentro, especialmente cuando la doctrina de la depravación nos enseña que el padre o niño que descubramos dentro puede ser bastante atemorizante, no siendo otro sino el que ha heredado la naturaleza pecaminosa de Adán. En lugar de ello podríamos mejor estar buscando al Padre *por fuera* de nosotros, el Padre de Gloria, el Padre “de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra” (Efe. 3:15).

Mi problema con estos tres aspectos (además del hecho de ser contradicciones de la Escritura) es que desafortunadamente parecen ser un caso de reacción de movimiento pendular a una generación previa de militantes feministas. Como han mostrado las encuestas asociadas con las audiencias de Clarence Thomas, la mayor parte de las mujeres desconfían y se retraen a la vista de un portavoz destacado y radicalmente anti-masculino tales como los exaltados por la N.A.R.A.L. y N.O.W. No obstante, la contra-compensadora exaltación del género masculino no es el remedio apropiado para esa situación. El masculinismo está casi tan bien como está el feminismo. Ambos no están a la altura de las circunstancias.

Ambos, el masculinismo y el feminismo, exaltan a su propio género, solo una parte de la creación, en lugar de al Creador. En efecto, son formas reavivadas de idolatría. El masculinismo en particular busca al padre de dentro cuando debería ver hacia el Abba de la Escritura. En lugar de exaltarnos a nosotros mismos se nos debería recordar una vez más cómo Génesis 1 enseña que Dios creó a la gente a Su imagen, a ambos, hombre y mujer. Sería un saludable antídoto para estos retornar a los roles de género bíblicamente descritos, ver a las mujeres ser mujeres y a los hombres ser hombres en la creación de Dios y bajo Su señorío.

Los hombres podrían comenzar con una denuncia de esta novedad presente y en lugar de sus disparates programáticos, trabajar realmente en ser esposos, padres y amantes fuertes. Yo aconsejaría ahorrar la cuota para un taller de hombres o gastar menos en otra “consejería de recuperación masculina”, y en lugar de ello gastar el dinero en tu esposa e hijos. Aquel antiguo arte de ser un servidor (sí, incluso la caballerosidad) haría maravillas para muchos de nosotros. Pero no busquen ayuda en el movimiento de hombres *per se*. La ayuda verdadera se encontrará en los hombres que sacrificialmente amen a “sus esposas como Cristo amó a la Iglesia” (Efe. 5:25). Eso es Hombría. **CM**
